

# EL ENTREACTO.

## PERIODICO DE TEATROS, LITERATURA Y ARTES.

Sale jueves y domingos. Los suscritores reciben *gratis* todos los meses, un drama nuevo y una hermosa estampa; y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en el despacho del periódico, calle de la Montera número 14.

Se suscribe á 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 28 para las provincias franco de porte.

PUNTOS DE SUSCRICION. En el despacho del periódico, y en la librería de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta nacional.

### ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de las provincias, cuyas suscripciones concluyen á fin del presente mes, se servirán renovarlas con tiempo, para no experimentar retraso en recibir los números.

### LA ACADEMIA REAL DE MUSICA DE PARIS.

Este teatro, uno de los magníficos de Europa, se llama tambien *teatro de la Grande Opera*, por ser donde se ejecutan las particiones de los mas acreditados compositores franceses. Los nombres de Scribe y de Auber como autores del poema el uno, y de la música el otro, han resonado y resuenan con mucha frecuencia en aquella escena, reconocida y acatada como la primera de Paris; los de Rossini y Mayerbeer se han pronunciado tambien muchas veces en medio de innumerables aplausos.

Nada revela en el exterior de este coliseo su grandiosidad y magnificencia interior; su fachada sencilla y poco notable no se distingue ni por magníficas columnatas, ni por ricas esculturas, ni en fin por admirables relieves. Empero al poner el pié en la anchurosa escalera que conduce á las diferentes localidades, déjase ya apercibir toda la riqueza y suntuosidad del teatro. Es este capaz para 1937 plazas, y son todas cómodas, desde la elegante *stalle de orchestre*, ó luneta, hasta el elevado *amphithéatre des quatriemes*, que equivale á nuestra tertulia. Todas ellas, sin escepcion, están revestidas de terciopelo azul, y por do quier se advierten riquísimas colgaduras y preciosos dorados.

El primer golpe de vista que presenta el teatro iluminado por el gas, es sorprendente; piérdese la imaginacion contemplando aquella admirable construccion, aquel gusto en los adornos, aquella ligereza en la arquitectura que forman un conjunto acabado y perfecto. La sala, de figura circular y graciosa, es de grandísimas dimensiones, y consta de cuatro pisos sostenidos por elevadas columnas y pilastrones. Detrás de la orquesta hay hasta tres ó cuatro filas de lunetas anchurosas y cómodas; despues de estas se estiende el *parterre* ó sea patio, y en fin, en último término y algo mas elevado, está el anfiteatro principal. A ambos lados y debajo de los palcos de embocadura (*avant-scenes*), se ven otros pequeños, cerrados con celosías, que son los *baignoires*, ó sean aposentos bajos.

En el primer piso rodea una estensa y elegante galería

saliente todo el círculo del teatro: está que se llama balcon está sostenida tambien por diferentes columnas y remates asi como alumbrada por soberbios candelabros; detrás de ellas se ven los palcos principales. Igual simetría y disposicion se advierte en los otros dos pisos, con la diferencia de no tener balcon; el último que forma elegantes arcadas, comprende, los cuartos palcos laterales y el anfiteatro superior. Desde alli y alejando las miradas ó paseándolas por el recinto, se ve de donde presenta el teatro un aspecto mas grandioso y magnifico. Las numerosas luces que brillan en la araña y las que se ven en arandelas y candelabros, fingen seguramente, si fingir se puede, todo el esplendor del dia. Resléjanse aquellas en los ricos dorados que en todas partes se notan; en las soberbias molduras de las columnas y antepechos, y por último en las pedrerías que en los palcos deslumbran colocadas en no menos deslumbrantes hermosuras. Y despues levantando la vista, no menos admiracion causa el buen gusto, los primeros artisticos del techo, y con esquisito gusto y proporciones. Asimismo el telon es una obra maestra en su género. Representa el principio de un torneo, con los infanzones á caballo, y los reyes de armas.

Tal es el teatro, cuya copia dibujada en el mismo local, por el acreditado artista Mr. Bellel, y grabada en madera por nuestro compatriota el señor Ortega, á la sazón residente en Paris, y hecha espresamente para *El Entreacto*, repartimos hoy á nuestros suscritores. Hemos creido complacerles presentándoles una copia exacta y bien ejecutada de la primera escena francesa: á las faltas de esta narracion, suplirá la vista del grabado, cuya identidad podemos asegurar que es perfecta.

Ni es solo notable la *academia real de música* por su arquitectura y magnificencia artistica, ni solo tampoco por la sala de espectáculo. El *foyer*, salon de descanso, corresponde enteramente á la riqueza de aquella, y tiene 190 pies de largo y 25 de ancho. Su adorno es elegante; enriquecenle diversidad de estatuas y de relieve, y le sostienen en un extremo una doble hilera de columnas. El que asiste por primera vez á una de las representaciones en este coliseo, se cree transportado á uno de los espectáculos ideales que sueña la imaginacion sin haberlos visto; á una de esas lujosas fiestas orientales cuya descripcion se admira en las *mil y una noches*, con todo su fausto y sus seducciones, con toda su hermosura, con todo su encanto.

Allí en aquella escena grandiosa y elevada, es donde en otro tiempo esa ligera sílfide que nació en la Italia que hoy se disputa la Europa entera, Maria Taglioni, estasiaba con su danza aérea; allí fué donde el ma-

ogrado Nourrit, ese gran tenor víctima de su sensibilidad, sintió palpar su corazón con el estrépito de numerosos aplausos: allí en fin, donde la grande cantatriz, madama Damoreau Cinti, consolidó su colosal reputación y perfeccionó su talento.

Hoy cuenta el gran teatro para consolarse de estas pérdidas, crecido esmero de artistas de no menor nombradía. Al frente de ellos debemos citar á Dupreze, al émulo de Rubini, á la Dorus Gras, prima-donna; á la Stoltz, cuya voz es una de las mejores de Europa, á Levasseur, Mario de Candia y otros varios. Y entre los bailarines, á la graciosa Fanny, Essler á esa linda alemana que ha adivinado nuestros bailes nacionales, y que ha hecho popular la *Cachucha* en el primer teatro francés: á su hermana Teresa, á la Noblet, Fitz James, y en fin á otras muchas que fuera prolijo enumerar aquí.

Réstanos hablar de las decoraciones, de los trages, del aparato en fin con que se presentan las óperas y los bailes; difícil sino imposible sería la descripción, y por tanto no la intentamos. Hay cosas que solo la vista puede explicar, como hay pasiones que no se contribuyen sino sintiéndolas, y no pocas veces el espectador del *gran teatro de París*, se transporta imaginariamente á los países que el escenario representa. Si, si, dice: aquellas son las rocas altas y puntiagudas de la Suiza: aquella es la patria de Guillermo Tell... esa es la fresca brisa de la mañana... aquel es el murmullo de los torrentes... aquellas son las rosadas jóvenes de Vudervald ó de Zurich... Otras veces asiste asombrado á la revolución de Nápoles, y toma parte en las justas quejas de los pescadores, en el furor de Missaniello; otras presencia la triunfal entrada de los emperadores en la antigua Stambul, y cuenta los prisioneros atados al carro del altivo vencedor, y los enjaezados corceles que le donaron los reyes, sus aliados... Otras por último, se estremece al contemplar los horribles asesinatos de la Sanit Bartelemy, y se levanta de su sitio, y quiere lanzarse á la escena para prevenir á los valientes hugonotes del peligro que les amenaza...

Todo en la *academia Real de Música* está en armonía entre sí: á la magnificencia del local corresponde la de los trages y decoraciones; á la brillantez de la orquesta, el mérito de los cantantes; y en fin, á todas estas circunstancias, un público culto, elegante é ilustrado.

## RECUERDOS DE UNA TARDE DE INVIERNO.

Siglos hace que los moralistas declaman contra la propensión del hombre á desear lo que no tiene; y los buenos señores no se hacen cargo de que lo mismo les sucede á ellos, que se empeñan en hablar del hombre como *debiera ser*, como si posible fuera que el hombre fuese de otra manera que como Dios lo ha hecho. Empiezo disculpando á los demás para disculparme á mí que soy uno de tantos: en invierno rabio porque no calienta el sol, y ahora que calienta soberanamente suspiro por el pasado frío. De aquí resulta que pienso en el tiempo fresco, y que recuerdo los placeres de aquella estación, y que entre todos ellos me acuerdo mas del teatro, y sobre todo de las representaciones de por la tarde, que son exclusivas de aquella época, contemporáneas de los besugos, y colegas de los pavos y el turrón de Alicante; y consecuencia en fin de todo, es que voy á escribir este artículo precisamente sobre las tales funciones.

Como á vds. les importará un pito de que yo fuese al teatro por afición, ó por no saber qué hacerme, por casual-

idad ó de intento, con el fin de pasar el rato agradablemente ó con el de ver á determinada persona, me contentaré con decirles que en una tarde lluviosa del mes de noviembre de cierto año no muy reciente, dí con mis huesos en una luneta del teatro del Príncipe, cuyo asiento, aunque estrecho, hubiera podido recibir cómodamente á otro individuo mas con tal que fuese de mi corpulencia, á no ir yo envuelto en siete varas de paño, ó lo que es lo mismo, con capa.

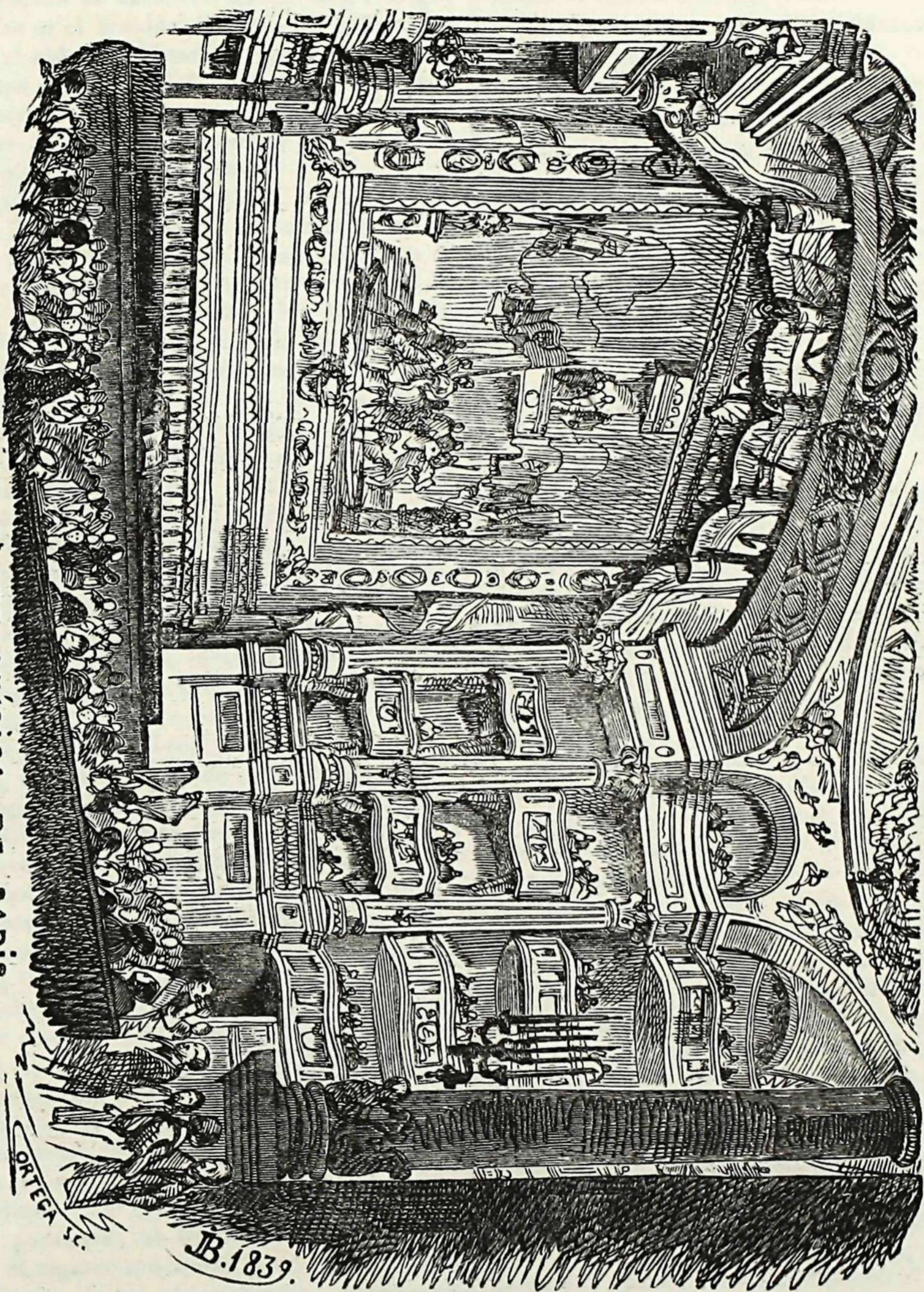
Llena estaba la casa de bote en bote, pero de gentes poco conocidas para los que habitualmente nos divertimos solo de noche. En los palcos era cosa de no haber las personas, y me acuerdo particularmente de uno en donde realmente estaban como sardinas en banasta. Las dos terceras partes de la delantera las ocupaba una voluminosa matrona que debía de frisár en los cincuenta, con su papalina que de legua y media descubría ser oriunda de la Concepción Gerónima ó de los portales de Santa Cruz. En su falda se espaciaba á placer un nietecillo gordo como un tudesco, agobiado por el peso de una gorra cargada de plumas y flores y cintas, y qué sé yo cuantos adornos mas. Tres mocitas de no mal parecer, todas oariacotecidas y nuborosas, con vestidos de percal frances, con sus pañolitos de cenefa prendidos con un celoso alfiler junto á la garganta, completaban la primera fila. A la cabeza de la segunda figuraba en próximo vera efigies de don Quijote, con un baston que parecía toesa, y una boca á manera de sima; inmediatamente despues de él un ama de cria con el chiquillo un brazos; luego la cocinera; despues dos mancebos montañeses aun cerriles, pero que á hurtadillas miraban codiciosamente á sus amas, es decir, á las jóvenes; detras como hasta media docena de personas de entrambos sexos; y todos aquellos cuerpos se agolpaban sobre la barandilla, y todas aquellas fisonomías se manifestaban impacientes porque empezase la función.

Otro tanto sucedia á la generalidad del público. Golpeaban en los bancos los de la tertulia: chillaban en la cazuela, donde una manola le hizo pedazos la peineta á una lechuguina; silvaban los del patio, tirándonos á las lunetas las cáscaras de las castañas que comían, y en las lunetas no era menor la impaciencia ni mucho mas moderadas las señales que de ella se daban. De algun tiempo á esta parte va sucediendo tambien lo mismo por la noche.

En fin, despues de tocada no sé si la sinfonia de los ciegos de Toledo, ó la obertura de los hidalgos de Medellin, levantóse el telon, y quedamos todos en profundo silencio. Representábase las Herrarias de Miremma, drama que recuerda aun los felices y sentimentales tiempos de Comella, á quien Dios tenga en los infiernos por todos los siglos de los siglos.

Yo estaba entre un honrado aldeano que segun me refirió habia venido á Madrid á la boda de una prima, y un mocito muy acicalado, pero visiblemente vestido de roperia; llevaba un frac verdegay con boton de acero, un pantalon amaranto con su cordoncillo negro, chaleco de terciopelo negro con recortes amarillos, y corbatin azul celeste; cordón de pelo para el reloj, cinta de avalorio para el lente, y otra negra para las llaves del *necessaire*; *nece* decia él. Olvidábase advertir que iba prevenido con su capote de baragan, paraaguas, baston y sombrero con funda de ule. Supe despues que era de la montaña, y no extrañé que tuviera fuerzas para tanto equipage.

Este tal la echaba de aficionado: sabia de memoria la co-



ACADEMIA R. DE MÚSICA DE PARÍS.  
PUBLIKADO EN EL ENTRETENIMIENTO.

media, y creía conocer á los actores y actrices; pero no era avaro de sus conocimientos y nos los comunicaba liberalmente.

Ahora sale la decoracion de calle.-De dónde sale? -Digo, que la ponen.-Ya.-Ese es el traidor.-Bueno.-No señor, es un pícaro, exclamó el aldeano.-Tiene vd. razon, le contesté. Pobre hombre; me dijo el otro al oido y maliciosamente; y en seguida continuó: La dama joven....-¿Quién? el carcelero dice vd. que es la dama? -No señor, me he equivocado, es el barba joven.-Eso es diferente.

Ya me iba cansando de tanta observacion, porque al cabo yo habia ido á la comedia, y malas ó buenas gusto de oirlas: dichosamente mi *ad latere* fijó la vista en el palco de que antes he hablado, y nos dejó tranquilos á mí y á mi honrado vecino, que con la boca abierta y las lágrimas en los ojos, escuchaba los llantos de una infeliz hostigada por aquel bribonazo de gobernador de Maremma.

Llegóse así el fin de la comedia, que los actores no habian estudiado, merced á lo cual disfrutamos de un obligado de apuntador, pero que el público aplaudió con impagable cordialidad. Salíme al café, y en pos mia se vinieron el aldeano y el elegante; aquel por seguirme, el otro ahora diré por qué. La primera cosa que vi al entrar en el café, fue á la familia del palco sentada al rededor de cuatro mesas que al efecto se unieron: todo el mundo tomaba leche helada, sin embargo de que solo el verla hacia tiritar. Sentéme con el aldeano en una mesa inmediata: mi compañero no salió por mas que le importuné de decir que tomaria lo que yo tomase, y hubo de echarse á pechos, no sin quemarse el garguero un par de veces, y hacer mas gestos que un endemoniado, una buena taza de café hirviendo.

Entre tanto el elegante con sus guantes blancos de nudillos, pulcramente asidos á manera de disciplina, el paraguas debajo del brazo, y en la mano nada mas que el baston, el pañuelo del bolsillo, el lente, el billete de la luneta, y un cigarro de papel, y todavia le sobraban dos dedos que hubiera podido emplear en cualquiera otra cosa; daba vueltas al rededor de la mesa del palco de ánimas, diciendo vaciedades que se celebraban por gracias. Su proyecto sin embargo debia de ser otro que el de divertir á sus concurridos, porque en un momento en que vió distraidos á los abuelos, se llegó bonitamente á una de las damiselas para hablarla al oido. Apercibióse de la maniobra uno de los mancebos á quien no debió de hacerle gracia, pues con brusco ademán fue á interponerse entre el elegante y la señorita, dando al primero un colazo en el estómago, que le hizo dejar caer el paraguas, el baston, los guantes, el billete, el pañuelo y el cigarro, muebles que rodaron por el piso del café, con risa de los concurrentes, vergüenza del paciente, rabor de la muchacha, torpeza de la abuela, cólera de su marido y gran contento del triunfante ortera. Viéndose tan mal parado acudió mi vecino á los puños, recibiendo brevemente su adversario. Desmayóse la obesa abuela, echó un terno el abuelo, chillaron las muchachas, una de las cuales despavorida fue á arrojarle en los brazos del mancebo restante; salióse el ama de cria á la calle, lloraba el nieto de las plumas, menudeaban los otros las puñadas, rodaron las mesas, vertióse la leche, reclamaba el cafetero el importe de los vasos rotos.... y....y una voz gritó desde el umbral de la puerta: "¿Qué se ha empezado la tonadilla!"

Ah, pues no es cosa de perderla, dijo el mancebo aporreador suspendiendo el combate. Despues nos veremos, re-

plicó su contrario, recogiendo á toda prisa su esparrama, equipage.-Yo os ajustaré la cuenta, exclamó el abuelo echado por delante á las nietas, y poniéndole media onza en mano al dueño del café.

En dos minutos cada uno estuvo en su asiento como nada hubiera sucedido.—P. E.

Perece que el haber ordenado varios señores regido que los repartidores de este periódico saliesen algunas noches del teatro, fue por no saber de oficio la orden del señor Alcalde constitucional, cuya autoridad nunca ha sido su ánimo menospreciar. Nos complacemos en hacer esta rectificacion, en obsequio de la justicia, y de los señores del Excmo ayuntamiento, entre los cuales nos honramos de contar á algunos amigos.

## Teatros.

### PRINCIPE.

*Diana de Chivri, dráma en cinco actos, traducida del frances. Noche del 21.*

Federico Soulié, autor de este drama, no es muy conocido como poeta dramático: sus mejores obras en este género son *Romeo y Julieta*, tragedia en verso: *Clotilde*, y *Diana Chivri*, su última produccion ejecutada pocos meses há en teatro de la *Renaissance* de Paris, y que traducida á nuestro idioma se ha ejecutado el viernes en el del Principe de capital.

Entre *Diana* y *Clotilde* representada hace algunos años en Madrid, hay una grande distancia, tanto en lo que respecta á interes como en lo tocante á moralidad. En la primera aparece ningun fin, ninguna idea dominante: es la segunda una crítica severa, pero justa y conveniente de pasiones desordenadas y culpables, patrimonio triste á la verdad, de sociedad moderna: en *Diana* nada tiene el sello de las costumbres actuales ni de los vicios de nuestra edad; los acontecimientos que el autor ha querido encerrar en esta epopeya lo mismo pudiera acomodarse á otra mas lejana: nada hay pues en el drama de que hablamos que revele nuestras costumbres, como no sean los trages de los interlocutores, y algunos incidentes episódicos. Daremos una ligera idea de argumento.

El conde de Chivri, par de Francia, tiene tres hijos: una sola hija que se ha educado en un castillo de la Bretaña al lado de su abuela materna, madama de Kermic. Confia á los cuidados de esta desde la niñez, no se ha separado nunca de ella, porque su madre espiró al dárla á luz. Diana, desde su nacimiento, ha soñado el amor como ha soñado el sol la luz del dia, las praderas florecientes y los murmurantes arroyuelos: pobre criatura privada de la vista, pero dotada de un corazon ardiente, siente en él la necesidad de amar á alguno, de darle su cariño.... Aquel de quien mas favorablemente oiga hablar, debe ser el que captive su alma, y así sucede en efecto. Hay un Leonardo Ashton, gefe de los chuanes ó revoltosos, que se ha distinguido en mas de una accion y que ahora vaga proscrito y perseguido: la relacion de sus virtudes y valor ha inflamado el corazon de la triciaga, y así es que cuando madama de Kermic la propuso salvar al noble Leonardo, encerrándole en un pabellon de jardin cuya llave ella sola tiene, Diana no vacila y la entrega. Ah!... Que ella no sabe que en pago de su buena accion

á ser deshonrada; que no es Leonardo el que va á proteger y salvar, sino á un torpe libertino que ha ganado á un arda-bosques del castillo, y que le presenta bajo el nombre de Ashton. El infame, despues de haber abusado de la virtud de Diana, huye con su complice de la casa hospitalaria, pero sin descubrir que no era el suyo aquel nombre que ha mancillado.

De este modo cuando madama de Hermic, llena de dolor vela al conde la deshonra de su hija, nombra como autor ella al proscripto y ya á la sazón indultado Ashton: de este modo cuando los hermanos de Diana juran vengar su vengenda, es aquel tambien al que se dirigen. Fiados en el engaño que todos creen insultan y ultrajan osadamente á Leonardo, sin entrar en esplicaciones, y le obligan á aceptar duelo á muerte; los dos hijos mayores de Chivri son las víctimas de este. Pero Leonardo inocente de todo, ha pensado que hay un misterio horrible oculto en aquel suceso, se propone averiguarlo. Diana que con su hermano menor, Marcial, ha venido tambien en busca del seductor, entra á Ashton, y conmovida por la ternura de este, le revela todo el secreto. Conoce entonces Leonardo que han usado de su nombre para cometer una infamia, para perpetrar un delito, y sin decir á la pobre ciega que él es el verdadero Ashton, jura vengar el ultrajado honor de ambos.

Mas el conde obcecado siempre en su fatal error, se niega á oír las esplicaciones que pretende darle Leonardo, y aun ce mas, le acusa ante los tribunales como al matador de sus hijos, y como al autor de su deshonra. Pero allí se descubre por fin la verdad, como no podia menos de suceder: Diana reconoce que no es la voz de Ashton la del hombre que la sedujo, y sí del que prometió despues vengarse, lo que confirma en seguida con el relato de Marcial que ha muerto al verdadero culpable, arrancándole antes la confesion de su crimen. Leonardo siempre noble y generoso, ofrece su mano á Diana para lavar el honor de esta, mandado aunque inocentemente con su nombre.

Por esta sucinta narracion pueden conocer nuestros lectores que el drama no carece de interes; pero es á las veces seco y lánguido, y no hubiera perdido ciertamente nada si se acortasen algunas de sus escenas, y se suprimiesen un tanto ciertos pormenores.

Es en nuestro sentir *Diana de Chivri* una de esas obras que ni deben escitar el encono de la crítica, ni tampoco en tanto grado su aplauso. Uno de los defectos que en ella hemos es el de no atacar ningun vicio determinado, el de no presentar ningun fin moral, profundo y saludable; pues el atropellamiento de una triste muger, ni es asunto de ópera, ni nunca puede haber quien le disculpe ni abone. El autor dramático del siglo XIX debe proponerse á sus obras un objeto mas elevado, el de atacar las preocupaciones ó los vicios de la sociedad en que vive, reflejándolos en sus obras, y poniendo á su lado el castigo y las consecuencias. Por eso nos admira que Federico Soulié, tan conocedor del corazón humano, haya manifestado en *Diana* la más exquisita inteligencia en mover sus resortes, desaprovechando á veces algunos que con grande efecto pudiera haber tocado.

Los caracteres de los personajes, están bien dibujados, y son casi todos consecuentes; el de Diana escita siempre la viva compasion: el de Leonardo, noble y elevado, es en extremo interesante: no menos nos parece el de Marcial. La traduccion está bastante bien entendida; pero hubiéramos deseado que se aligerase algo, y que se suprimie-

sen aquellas repetidas narraciones minuciosamente detalladas, del crimen del supuesto Ashton: en el teatro se deben indicar tan solo ciertas cosas, bastando con que el espectador las comprenda.

La egecucion ha sido regular: la señora Lamadrid ha expresado con verdad los encontrados sentimientos de la pobre ciega: la linda Teodorita hace un precioso Marcial: los señores Lombía y Lopez han comprendido asimismo sus respectivos papeles: los demas actores han contribuido con lo que ha estado de su parte al éxito de la funcion.

#### CRUZ.

*L' ultimo giorno di pompeii del maestro Paccini* ocupó anoche la escena lírica, despues de ocho años de olvido arrinconada en los archivos del teatro. Olvido imperdonable, y ofensa hecha al autor de la *Vestal*, cuando tantas otras óperas de mérito inferior se han dado por objeto á la atencion del público.

Asi como censuramos esta falta en los artistas extranjeros para quienes la eleccion de obras era privilegio de escritura, (vicio fatal á nuestro entender que destruía muchas veces la unidad armónica), aplaudimos el acierto del maestro Carnicer, porque sin embargo de que los recuerdos de la *Tossi* aun no se han adormecido á pesar del transcurso de tan largo periodo de tiempo, el público deseaba oír los mágicos sonidos del arpa de *Paccini* en la armonia de su Pompeya, y mas siendo la señora Villó quien en el papel de *Octavia* hiciese palpar su corazón. Asi lo esperó, y así fue. La exquisita sensibilidad que afecta el alma de esta artista en los momentos de pasion, se comunica al espectador, haciéndole propia é inherente la situacion moral que su canto expresa. Cuando siendo *Alaide* pronuncia revelando los diferentes efectos de que su alma se halla poseida, el pueblo se agita, se conmueve y se persuade, porque olvidando á la señora Villó, y olvidando que otra tiene mas fortaleza en su voz ve y sufre con *Alaide*, con *Norma* y con *Octavia*.

En este papel, así como en los referidos, arrancó aplausos de entusiasmo como órgano digno de transmitir las brillantes inspiraciones del genio de Paccini. Reputamos esta obra suya, sino por la mas grandiosa, sí por la mas simpática. Admirable es la *Vestal*, rica en conceptos, pomposamente armónica, mágica en melodia, sorprendente en efectos, pero Pompey reúne una dulzura, un encanto en todos sus periodos musicales, y tanta originalidad y filosofia en sus motivos, que sus notas son siempre intérpretes de una pasion. Para citar parages seria necesario citar la mayor parte de la ópera, pero para probar nuestro aserto fijese la atencion en los cánticos sagrados comparables únicamente á los del célebre Mortier, que enriqueció nuestras catedrales. En ellos parece que está revelada la magestad de aquel á quien son dirigidos.

Asi como la señora Villó, el señor Calbet en el papel de Salustio recibió muestras de aprecio público siendo muy aplaudido, con justicia en verdad, porque dió á los cantos su verdadero colorido y á su posicion escénica la mayor propiedad.

El señor Ramos cantó sin desplegar sus facultades, y privó por tanto á la armonia de alguno de sus efectos, pero estuvo arreglado. Temió sin duda el parangon de su antecesor y lo hizo bien, porque el público se acuerda de que aquel tenia cinco mil duros de asignacion.

El éxito general no fue de un resultado completo, pero nada mas tenemos que pedir á nuestros aplicados artistas que trabajen porque no quede desierta la escena lírica española.

F. de la V.